



- 1 Leo rápidamente el texto. Leo de corrido, sin detenerme, ni hacer movimientos con la cabeza o pronunciar en voz alta.

Nosotros vivimos en una linda casita que está en las orillas del gran río Naranjo, que pasa todo el día y toda la noche haciendo un ruido adormecedor. En el frente de mi vivienda hay un gran bosque donde sobresale un gigantesco árbol de conacaste blanco.

Ulises, mi hijo ya de diez años de edad, se ha subido a todos los árboles del bosque, menos al portentoso conacaste. Y bien que lo haría porque lo tientan los nidos y los frutos. Su tronco es grueso y sin grietas. No ofrece asidero alguno. Si no es por medio de una escalera, no se puede subir al joven abuelo vegetal que parece el rey del bosque.

Ulises sale poco al bosque porque pasa el tiempo acurrucado frente al televisor, en donde mira asombrado los programas de ciencia-ficción en los que aparecen marcianos y plutonícolas.

Cuando está de buenas me refiere historias de seres extraterrestres. La

imagen que de ellos tiene en su mente es la de una criatura parecida a un feto, con extraños poderes pero un bondadoso sentimiento de fraternidad.

— ¡Uy qué miedo! —le digo—, esas criaturas parecen pájaros mamíferos y sin plumas.

—No te burles, papá, porque en cualquier momento y a la vuelta de la esquina te puedes topar con un I.T.

—¿Qué es esto de I.T.?

—Di I.T., que así se llaman las criaturas de allá arriba. El cuerpo parece el de un pichón o de una larva, pero tienen una mente telepática o quinética.

—¿Pero qué significa eso, hijo mío, Ulises de mi corazón?

—Eso es que hablan sin palabras, que adivinan el pensamiento y que pueden transportar objetos con la energía de la mente.

—Bueno, mi Ulises, cuando veas a un I.T. afuera de la televisión, en la vida común y corriente, corre a avisarme, para tener la primicia y para ser buen amigo de ellos.

—Sí, papá, así lo haré.

Muerto de la risa le conté estas aventuras con Ulises a Estefanía, y ella en lugar de reírse conmigo, me dijo: —¿Ya no recuerdas? Piensa que en la mente humana residen grandes y raros poderes. — ¡Ummm!...—murmuré y no dije nada más.

Un día, pocas semanas más tarde, oí un grito de asombro y de miedo...

—¡Allí están, papá! —¿Dónde y qué, hijo mío?

—Allá, en el agujero de aquella rama del conacaste. ¡Los marcianos! Son los marcianos, papá.

Pensando en alguna serpiente o en otro bicho peligroso, puse la gran escalera y ascendí por ella hasta el agujero de una de las ramas. Una voz ronca me preguntó:

— Quen, quen, quen... Y vi hasta tres marcianos de los de Ulises. Tres loros pichones. Eran exactamente la imagen que del I.T. nos dan las películas de ciencia-ficción.

Oscar de León Castillo